

Ramón Reboiras

El Chevrolet de Pessoa



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

El Chevrolet de Pessoa
Ramón Reboiras

Primera edición: enero de 2024

© Ramón Reboiras
© de la fotografía de la cubierta, Concha García

Edición © La Umbría y la Solana, 2023
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la Colección Abierta: Enrique Andrés Ruiz
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-126248-6-1
Depósito legal: M-1152-2024

Impresión: Calprint Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Na estrada de Sintra, cada vez mais perto de Sintra
Na estrada de Sintra, cada vez menos perto de mim
Álvaro de Campos

A mi padre, desde el Más Acá.

1.

El último de la fila dijo con mala hostia:

—Doy yo la vez, rediós.

La aglomeración llegaba hasta el fondo del páramo. El barranco y unas chabolas anunciaban el fin del distrito metropolitano. Aquí y allá unas hogueras diseminadas por el descampado. Unas furgonetas pintadas con grafitis. Era de noche y hacía frío. El hospital, de nueva construcción, parecía una tarta de bodas abandonada a la carrera.

—Sabe usted a qué hora...

—Solo sé que hay 183 personas delante de nosotros.

—Pero mi citación dice que a las 19:18 h.

—Su citación, la mía, y la de todo quisque, oiga, parece que viene usted al entierro de la reina de Inglaterra.

—Pero si pone las 19:18...

—Pregunte a los guardias.

—Porque a usted quién le dijo...

—Todos venimos a lo mismo, señor, no le quepa duda.

No hace falta ni preguntar.

—Disculpe, pero a veces me he puesto en una cola que no era la mía por no preguntar, prefiero situarme, creo que a todos nos ha pasado alguna vez en el aeropuerto, en Hacienda...

—Pues vaya usted al principio y pregunte a los guardias, pero le aseguro que cuando regrese quizás habrá otras veinte personas delante, con lo que yo calculo...

Francisco Ben calculó. Como profesor de Lengua y Literatura debería acudir al origen de la pregunta, pero ¿dónde estaba el origen?, ¿los guardias sabían acaso donde estaba el origen?, ¿y si fuera una máquina la que se había equivocado? Cada vez más son las máquinas las que asumen «el error humano». Pasa con los accidentes de trenes, de los aviones o con los teleféricos programados a distancia. Nadie parece tener la culpa. Ningún humano.

Ben recordó la última consulta que sostuvo con la compañía de teléfonos, «le pasamos con un agente», dijo la máquina tras media hora de agonía. Miró la espalda del hombre que le precedía en la fila y vio en ella un muro de carga, sintió un calor reconfortante. El rebaño, la *inmunidad de rebaño* como no se cansaba de repetir la comunidad científica. Preguntar si todos habían venido a lo mismo y a la misma hora sería tan ingenuo como encontrar una solución a los atascos en la autopista un día de nieve o en las gasolineras cuando el combustible escasea.

—Usted verá.

Ben tenía la fundada sospecha de que a muchos le gustan las filas, les encanta marchar en formación, formar parte de algo, dejarse llevar sin preguntar, incluso durante una noche fría en un páramo desolado. Eso debe formar parte también de la *inmunidad de rebaño*.

—Puede que en el aeropuerto, señor, pero es poco probable que a estas horas, en este hospital perdido de la mano de Dios, vengamos a otra cosa que no sea a vacunarnos.

Terció en la conversación con tono amable otro hombre que le precedía.

«Le pasamos con un agente», volvió a escuchar en su cabeza y miró su código QR, un laberinto de mirto en un jardín inglés, el laberinto que había que descifrar para llegar hasta *Ypsilon*.

Un coche con unos altavoces dejaba oír un mensaje que se repetía en bucle desde hacía rato:

«No es inmunidad, es libertad».

Unas posiciones detrás, una mujer, supuestamente de su misma edad y grupo sanguíneo, exclamó:

—Con tanta matraca acabaremos creyéndoles.

Otra, que parecía bastante más joven, resumió con fastidio:

—Es lo que hay.

Ben no supo si se refería a las vacunas o a la megafonía.

Se acercó un vigilante de chaleco anaranjado armado con una porra eléctrica y un *walkie talkie* y les pidió la citación a todos.

—Códigos QR, por favor.

Todos desenfundaron los móviles del bolsillo.

—¿Qué está pasando agente?

Se atrevió a decirle Ben.

—Se ha caído el sistema.

—¿El sistema?

Dijo otra voz.

—El tiempo de espera es de unas cinco horas.

—¿Quiere decir que todos estamos en esta cola para un mismo pabellón citados a la misma hora y se cae el sistema?

Balbuició de nuevo Ben que no acababa de asimilar tanto desatino.

—Mala suerte venir el día equivocado. A veces ocurre.
La gente se arremolinó en torno al guardia.

—Llevo esperando dos meses.

—Llegar hasta aquí para esto, no hay ni línea de metro.

—Tengo una familia que atender.

—Soy un mandado, señores, solo cumplo órdenes.

Ben contempló la escena con desagrado. El factor humano otra vez. Una señora con una chapa en la solapa de Stop Desahucios dijo:

— ¡Y todo para que al final nos den un placebo!

— ¡Ya estamos!

Replicó otra voz.

—Tengo pruebas de que nos inyectan un placebo.

Sacó unas páginas manoseadas de la prensa local.

La megafonía seguía repitiendo las consignas.

— ¡No se callarán!

El hombre delante de Ben cogió una revista de sudokus:

—Put a peste, puto sistema.

Ben miró su calzado, unas botas de montaña baratas compradas en unos grandes almacenes.

Habían avanzado unos treinta metros, marchaban a una velocidad de treinta metros a la hora.

—Dicen que este hospital sólo sirve para guardar cadáveres, que se construyó para eso.

Añadió otra mujer con gafas de vista cansada unos puestos delante.

— ¡Y con este frío!

Apuntó la señora justo detrás de Ben que vestía un abrigo que parecía de zorro ártico.

Cuando le llegó el turno a Francisco Ben pasaba de las dos de la madrugada y sentía un hueco aterrador en el estómago.

El frío, el desconsuelo y la tristeza se dibujaban en su rostro aterido bajo los fluorescentes, otra vez, como casi todo en su vida, bajo la despiadada luz de los fluorescentes.

El hospital parecía una morgue. La enfermera, joven, de acento latino, le preguntó si prefería el brazo derecho o el izquierdo. Ben siempre optaba por el izquierdo porque el diestro era su brazo útil, el brazo de la escritura y del cigarrillo, el brazo de la esponja y de las llaves, el brazo de la lanza.

Sintió el pinchazo y miró a los ojos de la enfermera:

—Es mi quinta dosis, ¿cuándo se acabará todo esto?

La muchacha cogió una gasa y un trozo de esparadrapo, los colocó en el lugar del pinchazo y dijo con cierto hastío de responder siempre a la misma pregunta:

—*Ypsilon* está siendo mucho más llevadera.

Francisco Ben salió por las puertas del pabellón número 3, buscó la fila de los taxis y subió al primero:

—¿Adónde le llevo, señor?

—Hacia la Castellana.

2.

Empecé a morirme en Madrid, en invierno, entre los murmullos de la lengua rusa, el pozo de alquitrán que dejaba el tabaco en mi cabeza, los males pasados que registraba la memoria blanda del páncreas (gusano encerrado en la botella) y el mundo de ahí afuera con todas sus tentaciones que ya no me importaban. Lo demás eran visitas al centro de salud, una calle de casitas bajas, tapias con botellas rotas y perros atormentados.

Llega el momento en el que uno pierde el interés por lo que pasa de puertas afuera y solo atiende la voz interior que va relatando, día y noche, la novela en que debió consistir la verdadera historia si de uno dependiera la historia verdadera, como un corrector que cancela y acota, ralentiza o acelera episodios y capítulos, fragmentos desprendidos de la habitación propia de la biografía, ese tumor que cualquier fantasma de bata blanca se apura estos días postreros en llamar *pancreatitis*.

¿Pancreatitis?

Mis mapas de Rusia y del Alto Miño, en los que curioseo alguna denominación de origen, alguna serranía, una cuenca hidrográfica o un afluente, son parecidos al dibujo de los hemisferios cerebrales, esos colores rojos y verdosos que rastrean las zonas donde la memoria se ejercita como

en un campo de tiro; un *mapa de calor* que registra donde hubo afán, trasiego, emprendimiento, donde hirvió la sangre ahora que hace tanto frío y ya nunca *hierva la sangre*.

Iluminaciones, apagones, circuitos, dominan la pequeña estación que emite y recibe mensajes, que espía en silencio, que detecta la presencia enemiga en una guerra fría contra la amnesia.

La *materia gris* es como el gotelé que esculpe las paredes de esta casa de renta antigua, de olores antiguos, de sombras antiguas.

Varias veces pensé en alisar las paredes, en eliminar el grumoso gotelé, pero temí perder la manera de pensar, de seguir conservando el precario juicio que me queda.

Los días pasan con el oído pegado al transistor interno, en alerta contra las sombras que tienden su velo sobre mi personaje de espectro preparado para la función de la despedida, el último vals (¿o será un tango?) que uno ejecuta en el *alén*¹.

A veces parece un purgatorio moderno como esos campos de fútbol chilenos donde los militares hacinaron como reses a los subversivos. Rayas de cal, graderíos vacíos, porterías oxidadas, megafonía militar, manchas de humedad sobre el hormigón, la cara de perro con gafas de sol.

1. *Alén*. Según la definición del Diccionario da Real Academia Galega, este adverbio, común en el habla y el pensamiento gallegos, significa “más allá, más lejos”. Las dos indicaciones aluden a una posible vida después de la muerte o a la visión de las cosas que veremos hipotéticamente después de muertos.

Otras, me detengo ante el chambelán del camposanto gallego que consulta su pergamino al trasluz y verifica si un servidor, Francisco Ben, soltero, San Xián de Laíño, partido judicial de Padrón, figura en la lista de las almas admitidas.

Siempre hay una lista de invitados en las noches de estreno, en la cola de las vacunas, en el Infierno.